

castellano, se ilustra con centenares de grabados y de buen número de láminas a todo color, que nos dan una más clara y luminosa idea de la hermosura del bordado español y a las lectoras de esta obra modelos de gracia y hermosura sin igual.

J. S.

**"ESTETICA DEL PAISAJE NATURAL".**—Por SANCHEZ MUNIAIN. — Un tomo en cuarto, 372 páginas.— Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

El autor muestra a lo largo de esta obra una gran potencia creadora. En efecto, trátase un asunto nuevo, en el cual no se siguen los trillados caminos que nos dejaron los antiguos, sino que se avanza por sendas nuevas intrincadas y desconocidas. Trátase, por lo tanto, de un ensayo en el cual se muestra una gran cualidad, la originalidad en todo. En efecto, hay en el libro originalidad en la materia, originalidad en los pensamientos y originalidad también en la manera de enfocar los problemas.

Para el autor, el paisaje es una visión analítica del campo, el cual nos parece bello cuando nos causa asombro algo impensado del reino vegetal o mineral. Estudia el desenvolvimiento histórico del paisaje. Desde las eras de la antigüedad, en las que sólo era una bambalina escénica, es decir, un marco para la colocación de los personajes en los que se centraba el mayor interés del cuadro, hasta el paisaje medieval, en el que tenía un carácter idealizado, como puede verse en los acaramelados paisajes de las vidrieras de nuestras catedrales con animales fantásticos, hasta llegar a la época del Renacimiento, en que el paisaje toma un carácter hedónico, buscando el placer en consonancia con los temas lascivos de la escuela florentina o veneciana.

Más tarde, en la era romántica, el paisaje da una idea de sensibilidad, y finalmente, en la actualidad, el paisaje se independiza del cuadro. Aparecen los pintores paisajistas que únicamente pintan marinas o paisajes sin tener en cuenta los demás elementos estéticos del cuadro, sea con estilo cubista o impresionista.

El autor trata de demostrar la influencia ejercida por el paisaje sobre el hombre, atribuyendo a las destemperanzas del clima las destemperanzas del hombre. A su juicio, en el antiguo Oriente las grandes montañas, ríos y huracanes dan al hombre antiguo un



carácter de resignación ante los elementos, mientras en Grecia se desarrolla la pugna del hombre contra el medio. Las inconmensurables llanuras rusas, llenas de bosques desconocidos, hacen al hombre ascético, sumiso y brutal.

Para Sánchez Muniain, la belleza consiste en sintetizar todas las cosas y en Dios se juntan todas. Por eso, en el sentimiento de la Naturaleza entran diferentes elementos, unos primarios, como la luz, el cielo, la montaña, la llanura, la vegetación y el cultivo, y otros secundarios, que escapan al análisis estético, como son el aroma de las flores y el ruido del viento.

Cada uno de estos elementos primarios son estudiados en capítulo aparte por el autor. En cuanto al color, entra el autor en la discusión de si, como dice Avicena, el color se encuentra en la retina, o si, como dice Santo Tomás, el color se encuentra en los cuerpos. Esto se relaciona con la opinión de otros filósofos escépticos, para los cuales el paisaje no es más que un juego de luces y colores.

En relación con la luz, afirma que ésta lleva al color y es unidad y conocimiento. La luz debe ser adecuada; una luz excesiva acaba con el paisaje. No hay para el autor paisaje feo si se tiene una luz adecuada. Los mismos cerros cárdenos de Teruel pueden tener belleza si es adecuada la luz que los ilumina. Además, una luz viva da una idea de alegría y una luz grisácea y oscura da una idea, como en los paisajes de Rembrant, de melancolía y tristeza. Por eso, para el autor, la belleza de un paisaje radica en la luz.

En cuanto al segundo de los elementos estéticos, el cielo, cree que debe tener un lugar adecuado. Cuanto más cielo tenga un paisaje, más bello nos parecerá. El cielo, en el paisaje, tiene un lugar parecido al del mar. Es una infinitud a la cual referimos todas las cosas; tanto la llanura como el mar nos dan la sensación de lo sublime en sus dilatados espacios; sobre todo la da el cielo cuando es abierto de manera que nos envuelva; cuando es ancho y profundo nos produce una idea de plenitud, es un cielo sublime que nos da una idea de espiritualidad, igual que nos la da el lago y las aguas cristalinas y mansas de un río cuando reflejan el cielo.

En cuanto a la montaña, afirma el autor que las llanuras pequeñas, las navas rodeadas de montañas, dan una idea de pequeñez. Cuando las llanuras son dilatadas dan una idea infinita y simple de lo sublime, es una idea de grandeza como las que nos dan repletos del oro viejo de sus trigales las llanuras castellanas, en las cuales si en la estética, como dice Aristóteles, la esencia de la belleza radica en la proporción, esta inmensidad es el elemento estético de

la llanura castellana. Las montañas dan una nota de majestad. Cuando miramos una montaña desde una ladera notamos un sentimiento de inferioridad; cuando tratamos de escalarlas experimentamos un trabajo penoso, que el Evangelio, al hablar en sentido simbólico de la subida al monte Tabor, compara con el trabajo que nos cuesta subir a la cima de las virtudes, pero al llegar a lo alto notamos lo que el autor llama la soledad sonora de las cumbres, sentimos la plenitud en perspectiva, que puede compararse a la dicha que gozarán los bienaventurados de conocer todas las cosas pasadas y futuras, y por eso los griegos, en el Parnaso y en el Olimpo, hicieron la morada de sus falsos dioses, y en el Cristianismo todos los grandes acontecimientos ocurrieron en las montañas, como el monte Sinaí, el Tabor, el Carmelo o el Calvario. El autor nota también la singular sensación de gracia que nos dan las montañas nevadas.

El movimiento cree que es esencial para el paisaje: se mueven las nubes, el aire, el viento, el agua, las copas de los árboles, el río se altera, el mar se agita, y el río, como la vida, fluye sin retorno. A su paso sentimos una sensación de melancolía. El río, como el cielo, nos da una idea de fugacidad, pero también de espiritualidad; el mar, en cambio, lo considera más perenne y se mueve cada ola, volviendo, sin cambiar de sitio, a un ritmo o compás digno de la música realista de los valeses de Strauss, que son como una onomatopeya en que el ruido que produce una acción nos sirve para formar la palabra con que la designamos. Sin embargo, cree el autor que la serena paz de los campos, que tanto amamos, no es quietud, sino que es una actividad constante.

En cuanto a la vegetación, cree que la primavera, llena de verdes llanuras y amenos prados florecidos, da una idea de juventud y de alegría, mientras que el otoño, con sus hojas secas y caídas de los árboles, da una idea de vejez y de tristeza. Un árbol seco es un árbol de escasa vida; un paisaje seco es un paisaje árido y triste. La vida se mueve en el paisaje con un movimiento inmanente; el paisaje florido es alegre y fecundo; el páramo seco es casto y maduro, aunque vigoriza el espíritu; el bosque debe ser rítmico y espaciado y en él la variedad de especies debe residir y alternar con el prado; los cultivos, al igual que los grandes cuadros, no deben tener figuras amontonadas. Considera como paisajes salvajes aquellos que carecen de cultivo, como las extensiones heladas o las cálidas arenas del desierto. El paisaje salvaje tiene el atractivo natural y femenino de un paraíso terrenal y da una

idea de libertad. El paisaje cultivado denota la voluntad viril del hombre que lo cultiva.

El autor termina su obra dando una visión certera y esmerada de la materia, y en este ensayo demuestra tener en todo momento una erudición inestimable y está escrita su obra con una pluma pulcra y bien cuidada y además rasgada siempre con una gran sensibilidad estética que hace, unida a la indudable originalidad de esta obra, una menos solaz para el lector curioso y una fuente inagotable de pensamientos para el filósofo y para el pensador.

#### "HISTORIA ECONOMICA DE EUROPA 1760-1939".

Por ARTHUR BIRNIE.—Un volumen en cuarto mayor, 305 páginas.

Arthur Birnie, profesor de Historia Económica de la Universidad de Edimburgo, publica la presente obra de gran prestigio, que goza de gran popularidad en su país nativo, hasta el punto de que, al adaptarla a la lengua castellana, el traductor Ernesto Schop Santos, abogado y diplomado en estudios superiores de Economía Política y Derecho Político de la Universidad de Montpellier, lo hace a través de la quinta edición inglesa de la obra, que es en la que se ha basado para su publicación el editor Luis Miracle, de Barcelona.

El lector encuentra en la obra una interpretación clara de las fases primordiales del desenvolvimiento de la agricultura, desde los antiguos arados romanos y abonos por medio del estiércol hasta la actual agricultura intensiva, con sus modernos métodos de rotación de los cultivos, empleo como abono de los nitratos y moderno empleo de la maquinaria agrícola actual, tractores, trilladoras, etc. Ve proyectarse en la pantalla de su imaginación la evolución industrial, desde el arcaico trabajo individual de los artesanos a través de los gremios a la moderna fábrica colectiva donde se emplea constantemente la más moderna maquinaria industrial; observa la evolución del comercio, o mejor dicho, revolución desde las antiguas lonjas y mercados, aquellas en que sólo se comerciaba con un solo producto, y de los antiguos mercados dominicales que tenían lugar en las festividades religiosas, en las eras en que los fabricantes vendían sus propios productos o sólo sin existencia de mostradores y existían únicamente los buhoneros o vendedores ambulantes.